

Hé aquí su pensamiento, según lo expuesto á M. Harmel, en L'UNIVERS de Paris.

"Una de las grandes preocupaciones del Papa es la prensa, ha dicho á M. Harmel, León XIII, que ve, que siente la fuerza inconmensurable del diario, quisiera que en todas partes se le utilizase en servicio del Evangelio y para defensa de la Iglesia y triunfo de la verdad y de la justicia. Así se alegra cuando sabe que los católicos militantes y el clero trabajan todos los días en apoderarse de esta fuerza, para servirse de ella contra los enemigos de Dios y obligarla á servir los intereses de Jesucristo."

En efecto, la prensa es una gran fuerza, una fuerza, inmensa, hoy más al servicio de intereses que de doctrinas. En Alemania y en Bélgica la prensa católica ha logrado una circulación tan considerable como la prensa de Europa. LA GERMANIA de Berlin y la KOLUISCHHE VOLTESZEITUNG, tienen una circulación inmensa, y lo mismo puede decirse del COURRIER y del JOURNAL DE BRUXELES.

Fuera de Alemania y de Bélgica sólo un periódico, LA UNITA CATÓLICA, fundada por Margolli en Turin, ha conseguido alcanzar inmensa circulación.

En el resto de Italia, en Portugal y en España, la prensa católica no ha alcanzado el desarrollo y la vida que en Bélgica y en Alemania. ¿Por qué? ¿Es que los católicos de acá hacemos menos caso que los de allá de los consejos y amonestaciones pontificias? En Alemania y en Bélgica difícilmente se encuentran en casa de un católico periódicos que no lo sean, y que no estén autorizados por el Ordinario. En España y en Italia y en Portugal sucede lo contrario, y de aquí proceden no pocos males para la prensa y para la misma Nación católica.

En España se han publicado diversas pastorales de insignes Prelados recomendando la propagación de la prensa católica, de acuerdo con León XIII. Hasta ahora la semilla no ha fructificado, pero ha de esperarse que fructificará en lo porvenir.

## Las Iglesias de Oriente.

He aquí un cuadro que dará á conocer las Iglesias unidas y las Iglesias disidentes de Oriente:

Las Iglesias cristianas orientales son las siguientes:

1. Los caldeos unidos de Turquía y de Persia, bajo la jurisdicción del Patriarca de Babilonia.
2. Los sirios unidos, que dependen del Patriarca de Antioquía.
3. Los maronitas, en número de unos 25.000, cuyo Patriarca se titula igualmente de Antioquía.
4. Los armenios unidos de Oriente, que tienen un Patriarca y 18 Obispos.
5. Los griegos unidos de Oriente, que dependen del Patriarca de Antioquía, á cuyo título añadió Gregorio XIV los de Alejandría y Jerusalén.
6. Los coptos, que forman una comunidad poco numerosa en Egipto.
7. A estas Iglesias orientales, propiamente dichas, hay que añadir las siguientes para tener completo el cuadro de las del rito oriental:

Los armenios unidos de Austria, de Venecia y de Roma; los gregorianos, de Constantinopla; los rutenos unidos, de Polonia, de Galitzia y de Hungría; los servios unidos, de la Croacia; los válaeos unidos de Austria, y los búlgaros unidos de la Bulgaria propiamente dicha, de la Macedonia y de la Tracia.

Las Iglesias disidentes son:

1. Los Nestorianos, la más antigua de las comunidades disidentes de la Iglesia católica, y cuya conversión no parece estar muy lejana.
2. Los sirios y los jacobitas, esparcidos por la Siria, la Mesopotamia y la India.
3. Los armenios no unidos.
4. Los griegos no unidos.
5. Los coptos no unidos.

Todas estas Iglesias no tardarán seguramente en volver á la verdadera Iglesia católica apostólica Romana, como lo indican ciertos síntomas consoladores.

# COLECCIÓN

DE DOCUMENTOS



ECLESIÁSTICOS.

Ant. Imp. de N. Parga. --D. Juan Manuel R.

RESP. JESUS BERRUECO.

TOM. VII.

GUADALAJARA, AGOSTO 8 DE 1894.

NUM. 63

## SECCION I.

### Letras Apostólicas

DE NUESTRO SANTÍSIMO  
PADRE EL

## SR. LEON XIII.

A todos los Príncipes y Naciones

SALUD Y PAZ EN EL SEÑOR

Los espléndidos testimonios de pública congratulación, que en recuerdo de los principios de nuestro Episcopado recibimos el año anterior de todas las partes del mundo, y á los cuales han puesto recientemente el colmo la insigne piedad de la nación española, fueron para Nos motivo de la más viva complacencia, principalmente por que en aquella semejanza y conformidad de voluntades vimos resplandecer la unidad de la Iglesia, y su maravillosa unión con el Sumo Pontífice. Parece en aquellos días que el mundo católico, como olvidado de todo lo demás, había fijado su mirada y su pensamiento en el Pala-

cio del Vaticano. Las embajadas de Príncipes, la muchedumbre de los romeros, el afecto que rebosa en las cartas de felicitación, la santidad de las ceremonias con que se solemnizó aquel acto manifestaba muy claramente que en lo que toca á la reverencia y acatamiento de la Sede Apóstolica, los católicos todos no tienen más que un solo corazón y una sola alma. Todo lo cual fué para Nos ocasión de tanto mayor agrado y alegría cuanto respondía admirablemente á Nuestro pensamiento y á toda Nuestra manera de proceder; supuesto que conociendo las necesidades de los tiempos que alcanzamos y teniendo presente los deberes que Nos impone Nuestro cargo, en todo el curso de Nuestro Pontificado, á una cosa hemos dirigido constantemente la mira y en una cosa hemos puesto todo Nuestro empeño, ora enseñásemos, ora obrásemos, es á saber, en unir apretadamente con Nos á todos los pueblos y naciones y en poner en la más viva claridad la saludable influencia que ejerce el Pontificado Romano en todos los órdenes de la vida. Así rendiremos en primer lugar las más cumplidas gracias, y se las debemos aun mayores á la Misericordia Divina, á cuyo favor y soberana largueza debemos el haber llegado con salud á la avanzada edad que alcanzamos, y en segundo lugar se las rendimos también muy cumplidamente á los Príncipes, á los Obispos, al Clero y todos los individuos particulares que con sus múltiples ma-

nifestaciones de devoción y de acatamiento han querido honrar el carácter de Nuestra representación y la sagrada dignidad de Nuestro Ministerio, y juntamente dar algunos consuelos á Nuestro corazón en tiempo ciertamente muy oportuno.

Aunque, en realidad de verdad, para que este consuelo fuese del todo completo, han faltado no pocas circunstancias. Porque en medio de las manifestaciones populares de alegría y de devoción que se tributa á Nuestra Persona, ni por un momento dejó de estar presente en Nuestro ánimo una muchedumbre inmensa de gentes de todo punto extrañas á la alegría común de los católicos, parte por estar privada de la doctrina del Evangelio, parte porque si bien cristiana, disiente, sin embargo, de las creencias católicas. Y lo que entonces gravemente Nos afligía, Nos aflige y apesadumbra ahora; ya que no es posible dejar de experimentar en el alma el más profundo dolor al poner la atención en muchedumbre tan grande del linaje humano que se aparta y aleja de Nos como extraviada del camino.

Ahora bien; como sea verdad que desempeñamos sobre la tierra las veces de aquel Dios Todopoderoso, que quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad, y como, por otra parte, lo avanzado de Nuestra edad y la acerbidad de Nuestras penas Nos vayan empujando al término de la vida, Nos ha parecido que debíamos imitar á nuestro Redentor y Maestro Jesucristo, el cual estando á punto de volver al cielo, suplicó entrañablemente al Dios Padre que sus discípulos y seguidores fuesen una sola cosa de mente y de corazón: *Ruego... que todos sean una cosa, así como tú, oh Padre! en mí y yo en tí, á fin de que ellos sean también una cosa en nosotros* (1). La cual plegaria y divina deprecación, como comprenda no solamente, á los que creían entonces en Jesucristo sino á todos los que en adelante habían

[1] Joan. XVII, 20, 21.

de creer en El, esta circunstancia Nos da ocasión muy oportuna para manifestar con fiadamente la ansiedad de Nuestros deseos, y para procurar en cuanto está de Nuestra parte, que toda la universalidad de los hombres, sin distinción de naciones ni de lugares, sea llamada y movida á la divina unidad de la fé.

Excitada Nuestra alma por la caridad, la cual corre más pronta y aceleradamente allá donde es mayor la necesidad de remedio, vuela la mente en primer lugar, á aquellas naciones, las más desgraciadas ciertamente entre todas, que, ó no ha recibido todavía la luz del Evangelio, ó si de hecho la recibieron, han dejado que se apague en ellas, ó por propio descuido, ó por el correr y las vicisitudes de los tiempos; de lo cual ha resultado el no conocer á Dios; y de estar sumidas en el mayor de los errores. Y como quiera que toda salvación tiene su origen en Jesucristo, supuesto que *no hay debajo del cielo otro nombre dado á los hombres en el cual debemos ser salvos* [2], el más vivo y eficaz de Nuestros deseos es que este sacrosanto nombre de Jesús no tarde en extenderse y penetrar por todas las regiones del universo. En verdad nunca ha dejado la Iglesia de desempeñar este oficio que Dios Nuestro Señor le encomendó; por que ¿en qué otra cosa ha trabajado por espacio de diez y nueve siglos? en qué se ha empleado con mayor celo y perseverancia que en traer á los pueblos á la luz de la verdad y á la profesión y el cumplimiento de las leyes cristianas? Aún hoy día los predicadores del Evangelio, con la autoridad que de Nos han recibido, atraviesan con frecuencia los mares para penetrar hasta los confines de la tierra, y no pasa día en que no pidamos á Dios que sea servido, en su misericordia, de acrecentar el número de los Ministros sagrados que sepan desempeñar dignamente el cargo apostólico y que no duden en sacrificar sus comodidades, su salud y aún si llegara

[2] Act. VI, 12.

el caso, su vida misma por la dilatación del reino de Jesucristo.

Pues oh Salvador y Padre del linaje humano! Cristo Jesús, apresúrate, no dilates más el cumplimiento de lo que prometiste que con el tiempo habías de hacer; esto es que despues de levantarte sobre la tierra, atraerías hácia tí todas las cosas. Ven al fin, y muéstrate á las innumerables muchedumbres que están todavía privadas del cúmulo inmenso de bienes que alcanzaste á los hombres con el precio de tu sangre; despierta á los que estan sentados en las tinieblas y en las sombras de la muerte; para que iluminados con los rayos de tu sabiduría y de tu poder, en tí y por tí sean *perfectos y consumados en uno*.

Al pensar en el misterio de esta unidad, viénesse naturalmente á la memoria la universalidad de las naciones, que la Misericordia Divina se dignó hacer tiempo sacar de los antiguos inveterados errores á la sabiduría del Evangelio. Nada, en verdad, hay más propio para exaltar la Providencia amorosa de Dios que el recuerdo de aquellos tiempos en que la fé divinamente recibida era considerada como patrimonio común é indivisible de todos, cuando los pueblos civilizados, distintos por sus lugares, por sus caracteres y por sus costumbres, si bien diferían y desconformaban entre sí y aun se hostilizaban á veces en otras cosas, estaban, sin embargo, todos fuertemente unidos en lo que toca á la Religión por la unidad de creencias cristianas. Al traer á la memoria esta unidad, aflige amargamente el corazón de que, con el andar de los tiempos, excitándose las malas sospechas y las enemistades, haya la perversidad de los siglos arrancado de la Iglesia Romana á grandes y florecientes naciones. Como quiera que ello haya sido, Nos, confiados en la gracia y en la misericordia de Dios Todopoderoso, único conocedor de los tiempos y de las sazones de los remedios y en cuya mano está el inclinar á donde es servido las voluntades de los hombres, Nos dirigimos á estas naciones y con caridad

verdaderamente paternal las exhortamos y conjuramos á que, dejando á un lado las diferencias que de nosotros las tienen apartadas, vuelvan todas á la unidad de la fé.

Y en primer lugar, tendemos la vista con especial entrañable afecto al Oriente, de donde salió y tomó principio la salvación del género humano para derramarse de allí por toda la redondez de la tierra. Sí, la ansiosa expectación de Nuestros deseos Nos infunde la alegre esperanza de que no está muy lejos el día en que estas Iglesias orientales, tan excluidas por la fé y por la gloria de sus antepasados, tornen al punto de donde se apartaron. Y tanto más con fiadamente lo esperamos, cuanto que no son muy grandes las diferencias que las separan de nosotros; ántes bien, si se exceptúan unas pocas cosas, en lo demás de tal manera convenimos, que para la defensa de los dogmas católicos sacamos no pocas veces los testimonios y los argumentos de la doctrina, de las prácticas y de los ritos que son usados hoy en los pueblos del Oriente. Punto principal de la disidencia es el que se refiere al Primado del Pontífice de Roma.

Pero miren á los orígenes, vean lo que acerca de esto sintieron sus mayores, atiendan á lo que fué enseñado en los tiempos próximamente inmediatos á los principios del cristianismo, y verán como aquel divino testimonio de Cristo: *Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia*, resulta allí manifestamente verificado en los Pontífices romanos; y tanto es así, que no pocos de estos Pontífices fueron elegidos del mismo Oriente, entre ellos Anacleto, Evaristo, Aniceto, Eleuterio, Zósimo, Agatón, la mayor parte de los cuales, después de gobernar sabia y santamente la Iglesia, tuvieron el gusto de consagrarla con el derramamiento de su sangre. Es á todos notorio cuándo, por qué y por quienes ha sido principiada y promovida la desventurada discordia.

Antes que el hombre separase lo que Dios había unido, en todas las naciones del Orbe católico era santo y venerando

el nombre de la Sede Apostólica, y tanto el Oriente como el Occidente, con conformidad de doctrinas y sin sombra alguna de duda, obedecian al Pontífice de Roma, legítimo sucesor de San Pedro y como tal Vicario de Cristo en la tierra. En confirmación de esto, si queremos averiguar los principios de la disidencia, vemos que el mismo Focio tuvo cuidado de enviar á Roma legados que negociasen sus asuntos; y por su parte el Sumo Pontífice Nicolás I, sin que nadie se opusiese á ello, envió también desde Roma á Constantinopla sus legados que examinasen por sí mismos y con diligencia la causa del Patriarca Ignacio, á fin de dar cuenta de ella á la Santa Sede con pruebas de todo punto completas y veraces; por manera, que toda la historia de los acontecimientos confirma clarísimamente el Primado de la Silla Romana con quien era entonces la disidencia. Finalmente, nadie ignora que tanto en el grande y general Concilio Lugdunense segundo como en el Florentino, todos, así griegos como latinos, á una voz y con espontáneo consentimiento sancionaron como dogma de fe la potestad suprema de los Pontífices Romanos.

Hemos querido traer á la memoria todas estas cosas deliberadamente y muy de propósito por ser ellas como unas invitaciones de restablecimiento de la paz, y con tanto más motivo, cuanto que nos parece al presente ver en los orientales un ánimo más tranquilo y accesible y aun cierta benévola propensión hacia los católicos. Hase visto esto no ha mucho en ciertas ocasiones en que, habiendo algunos católicos ido al Oriente por motivos de devoción, han recibido de ellos pruebas muy señaladas de benevolencia y amistad.

*Así Nuestro corazón se abre hacia vosotros, ¡oh todos los que disistis de la Iglesia católica, ora seais griegos ora de cualquier otro rito oriental! Con todo el ardor de Nuestra alma deseamos que cada uno de vosotros recuerde y medite en aquellas gravísimas palabras y tan llenas de verdadera Caridad que di-*

rigía á vuestros padres el Cardenal Besarion. *¿Qué podremos responder en el acatamiento de Dios cuando nos preguntate por qué nos separamos de nuestros hermanos, para cuya unión y reducción á un solo rebaño descendió El mismo del cielo, y fué encarnado y crucificado? ¿cuál podrá ser nuestra defensa en presencia de los venideros? No toleremos tal cosa, ¡oh mis buenos Padres! No abriguemos tal pensamiento; no miremos tan mal por nuestro bien y por el de nuestros hermanos.*

[Continuará.]

## Sección II.

### DISPOSICIONES

DE LA

### Arquidiócesis de Guadalajara.

A los señores Curas de esta Arquidiócesis.

Por disposición del Illmo. y Rmo. Sr. Arzobispo, se avisa á los señores Párrocos, que actualmente no tiene S. S. Illma. facultades para dispensar el impedimento de afinidad lícita en primer grado igual, ó de cuñados, y que, por lo mismo, no den curso á las pretensiones de dicha dispensa, porque siendo inútil que se pida la licencia, como está mandado, y toda gestión para practicar esa clase de diligencias matrimoniales, debe advertirse así á los interesados para evitarles gastos y pérdida de tiempo. —  
Florencio Parga, Srio.

## SECCION III.---VARIEDADES.

### ENSAYOS

#### sobre algunos estudios bibliográficos.

S. ALBERTO MAGNO.

Habiendo representado á Francia Vicente Beauvais, y á Inglaterra Rogerio Bácon, ahora veremos á Alberto el Grande hacer otro tanto por la Alemania, así como después harán por la Italia S. Buenaventura y Sto. Tomás de Aquino.

Entre las grandes inteligencias que tomaron parte en el prodigioso desarrollo de la literatura escolástica, debe colocarse á S. Alberto Magno que no tardó en hacerse notable como filósofo, como físico y como teólogo. Puede decirse de él con toda verdad: *Magnus in magia naturali, major in philosophia, máximus in theologia.* Descendiente de la noble familia de los condes de Bolstadt, nació en Lauingen, sobre el Danubio, en la Suabia.

Sus biógrafos no están de acuerdo sobre la fecha precisa de su nacimiento; unos lo fijan en el año de 1193; otros por el contrario, lo hacen retardar hasta 1200 ó 1205. Su poder dialéctico, sus admirables investigaciones, y sus vastos conocimientos, hicieron que se le diera el renombre de Grande, título que no pertenecía á su familia como algunos lo han pretendido. Educado por padres cristianos, desde muy temprana edad, lo iniciaron en el trabajo y la piedad. Alberto comenzó sus estudios en Pádua, célebre entonces por sus letrados como él mismo lo atestigua en su tratado de *Natura locorum*; continuó después sus estudios en la Universidad de París y de Colonia, las cuales debían más tarde ser ilustradas por su enseñanza. Mientras duraron sus estudios, tuvo amistad con un Dominicó, Jurdant de Saxe, cuya influencia contribuyó mucho á la prosperidad de su orden. Este religioso previendo toda la extensión de la inteligencia de Alberto, influyó en hacerlo entrar

en 1223 á la familia Dominicana, de que sería después una de sus glorias. Se cuenta que estando en una iglesia, á la edad de diez y seis años, tuvo una visión en la cual se le apareció la Santísima Virgen, quien lo había movido para que abrazara esta institución, prediciendo que un día sería una de las lumbreras de la Iglesia. La enseñanza de la juventud le fué desde luego confiada por sus superiores, enseñando sucesivamente la filosofía y la física en Ratisbona, Strasbourg Tribourg, Brisgan, Hildesheim y Colonia.

La Universidad de París era, hacía mucho tiempo, la más floreciente y frecuentada de toda la Europa. En 1245, Alberto fué enviado á esta Universidad por el Capitulo general de su orden para recibir el grado de *magister* ó Doctor, cursando en ella todo el tiempo exigido por los reglamentos en vigor. Sus lecciones en las cuales se empeñaba en enseñar y comentar la física de Aristóteles extendieron mucho su reputación, atrayendo al derredor de su cátedra, tal afluencia de oyentes que las salas destinadas á la cátedra muy pronto fueron insuficientes, y se vió obligado á hablar á cielo descubierto en una plaza pública, á la cual dió su nombre y que en nuestros días se designa todavía con el nombre de plaza Maubert, (*Magister Albertus* ó *Magnus Albertus*). Alberto solo permaneció en París tres años y volvió en seguida á Colonia donde continuó con su cátedra y sus lecciones, y donde desde su llegada fué nombrado regente de la escuela de los Dominicos. Seis años después, es decir, en 1254, en el Capitulo general habido en Worms, Alberto se vió elevado á la dignidad de provincial de su orden en Alemania, cargo que siempre desempeñó. Devorado por el celo de las almas, se mostró celoso por hacer florecer entre sus hermanos las santas virtudes de que Domingo le había dado el ejemplo y trazado la regla. Su administración firme á la vez que paternal, se extendía con igual vigilancia á todas las partes de su inmensa provincia. Su jurisdicción, era en e-